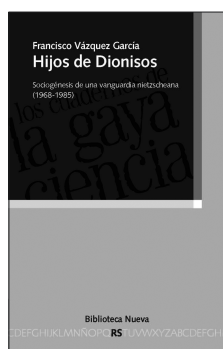


Cómo se fragua una vanguardia filosófica

José Benito Seoane



Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)

Francisco Vázquez García

Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, 222 pp.

Desde la Universidad de Cádiz, un grupo de investigadores, encabezados por Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña, iniciaron en el año 2006 el proyecto de construir una historia social de la filosofía española contemporánea. En esta tarea confluían con otras tradiciones como la francesa (ligada a la escuela sociológica de Pierre Bourdieu), la angloamericana (vinculada a la sociología de los rituales de interacción del norteamericano Randall Collins) o a la nueva sociología de la ciencia de Martin Kusch. Este enfoque sociológico de la filosofía permite analizar, de un modo relacional y comparativo, la dinámica de los autores y las obras en su contexto histórico, su inserción en el «campo filosófico» (en

términos de Bourdieu), su relación con otros mundos sociales como el escolar, el editorial, el político, el religioso o el periodístico. De esta forma, podremos conocer mejor las condiciones sociales que hacen posible el modelo de actuación y pensamiento filosófico de los agentes, así como de los conceptos, los argumentos y las autoridades que invocan en sus obras. Este enfoque genético y comparativo tiene además la virtud de enfrentar la experiencia filosófica como una práctica social compleja y polivalente, un objeto más del mundo social, no una tarea puramente intelectual; posibilita reconocer tras la formalización filosófica, que en ocasiones los vuelve irreconocibles, los determinantes sociales que están en su

base. La sociología de la filosofía permite otra forma de trabajar la tradición filosófica, destacando las redes intelectuales frente a la imagen del pensador solitario, cuestionando la idea de una filosofía «pura», atemporal, inclasificable, presa de la ilusión que le impide ver su condicionamiento por el espacio social que pretende comprender. Nos enfrentamos así a esa forma alienada de filosofía que, aunque reivindica para sí la prerrogativa de la reflexión, el análisis y la crítica, parece, sin embargo, en ocasiones, incapaz o desinteresada por objetivar las condiciones sociales de su actividad, y confunde su necesaria autonomía con la ilusión de autodeterminación o independencia respecto al campo intelectual y social. La tarea de objetivación científica de la actividad filosófica, a través del reconocimiento de sus determinaciones, puede contribuir a encaminarnos hacia una filosofía más autónoma, radical y autoconsciente; algo especialmente relevante en un momento en el que se está nuevamente replanteando o cuestionando en nuestro país la definición escolar de la disciplina filosófica, su papel en las enseñanzas medias, así como su lugar en el espacio intelectual y ciudadano en tiempos de crisis.

Un interesante ejemplo de las virtualidades del enfoque de la sociología de la filosofía es la reciente obra de Francisco Vázquez García, *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)*. En ella –como señala el propio autor– busca trazar «calas, exploraciones parciales» sobre esta corriente filosófica en la que se formaron pensadores tan importan-

tes como Fernando Savater o Eugenio Trías. La lectura de *Hijos de Dionisos* presenta el atractivo de mostrar cómo se fragua una vanguardia filosófica, un sector del campo filosófico especialmente interesante para analizar en qué grado las rupturas y transgresiones que anuncian, frente a las corrientes dominantes, se alejan realmente de ese «inconsciente escolar» que modela la tradición y la institución escolar en que se insertan las corrientes de pensamiento. Muestra de lo anterior es el hecho de que, aunque en los años 60 Nietzsche era uno de los autores utilizados por los jóvenes pensadores para romper con la ortodoxia universitaria –como frontera exterior, límite entre la reflexión filosófica y el arrebató artístico–, el pensador alemán seguía siendo, sin embargo, el más canónico de los tres «maestros de la sospecha» (frente a Marx y Freud).

Hace unos años, Francisco Vázquez publicó una ambiciosa obra, *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, en Abada Editores (2009). En esta interpretación a gran escala del campo filosófico español contemporáneo, se señalaba la presencia de una red alternativa –en torno a las figuras de Ortega y Zubiri– a la red oficial de la filosofía española durante el franquismo. En esa red alternativa destacaba un nódulo, encabezado por las figuras de José Luis Aranguren y Javier Muguerza, que detentaría la hegemonía intelectual durante la década de los 70 y la primacía institucional en la segunda mitad de los 80. La figura de Aranguren constituiría a su vez un enclave multipolar,

entre los que destacaría un «polo artista» (variante algo posterior a los polos religioso y científico) representado por las muy influyentes figuras de Agustín García Calvo y José María Valverde. Este «polo artista» conectaría más tarde con el nacimiento de la vanguardia filosófica denominada neo-nietzscheana (o pensamiento lúdico) desarrollada entre los años 1968 y 1985. La vanguardia neo-nietzscheana se convirtió así en un «huésped inesperado» en el campo filosófico español del tardofranquismo, en el que buscaron su espacio de atención polemizando con la red oficial y con las alternativas marxista y analítica.

En *Hijos de Dionisos*, Francisco Vázquez apuesta por un análisis a escala más microhistórica, en el que intenta definir el tipo de «competencia filosófica» –más cercana al ensayista que al erudito– que se defendía en este grupo generacional. Aunque no se propone construir un relato totalizador, las «calas» a las que nos conducen los distintos capítulos del libro muestran las historias y trayectorias personales de los autores, los contextos en que desplegaron sus competencias intelectuales, su búsqueda de un lugar en unas redes intelectuales en transformación, el espacio de posibilidades que abría y delimitaba un periodo histórico de fuertes transformaciones sociales (el tardofranquismo y la Transición).

En el primer capítulo del libro se señalan las características y especificidad de la corriente neo-nietzscheana, que representó la cuarta oleada de la recepción del pensamiento de Nietzsche en España, y en cuyos autores predomi-

nó un capital artístico y literario que permitió la creación de una bohemia intelectual enfrentada a la filosofía académica, a sus rituales, e hibridada con las vanguardias artísticas (de las que introdujeron dispositivos experimentales reflejados en el predominio del ensayo creativo frente al trabajo académico). Sus referentes históricos fueron los movimientos contraculturales, la transformación de la demografía escolar, la fragmentación y radicalización de la izquierda antifranquista y la aparición de nuevos circuitos culturales y editoriales que tomaron impulso a finales de la década de los 60. Por otro lado, la influencia de la vanguardia de la filosofía francesa del momento (Foucault, Deleuze, Bataille...) introdujo nuevos materiales de reflexión y una cierta conexión –aunque subordinada a la supuesta jerarquía e irreductibilidad del saber filosófico– con algunos ámbitos de las ciencias sociales. Estas influencias delimitarán la elección de autores o temáticas, los rechazos o antipatías intelectuales, la polémica con figuras reconocidas del campo filosófico de la época, alimentados en intensos intercambios de interacción ritual (debates, seminarios, reseñas, conferencias...), en la intensidad emocional de los contactos personales en los que este grupo generacional fraguó su identidad, su posición, su búsqueda de reconocimiento en las redes filosóficas de la época. Especialmente interesante, en este sentido, es el apartado dedicado al «rito de paso», la consagración ritual, que realizaría un joven Eugenio Trías en su intervención en la 5ª Convivencia de Filósofos Jóvenes (1967),

en la que, como muestra Francisco Vázquez, se combinaba sabiamente el comentario docto –pero creativo– del canon filosófico y la sugerencia profética (en la que se incorporaba el vector político). La bohemia intelectual de esta vanguardia filosófica representó, tras la sacudida del 68, la opción por la crítica artística frente a la crítica social, adoptando una ambigua posición política, transfigurada filosóficamente en los términos aparentemente neutralizados (como «diferencia», «dispersión», «pensamiento nómada») de un lenguaje especializado no exento de connotaciones ético-políticas. Esta ambigüedad política permitiría sin embargo, como señala Francisco Vázquez, la justificación en el orden simbólico de la acción de ciertos movimientos emancipatorios que exploraban nuevas formas de subjetividad, aunque en un esfuerzo lastrado por su alejamiento respecto a las ciencias sociales.

En el capítulo segundo se resalta el acercamiento antiacadémico del primer Savater al pensamiento nietzscheano (1970-1974), su propuesta de una lectura creativa y no meramente erudita, el desarrollo de estrategias de consagración intelectual a través del cuestionamiento de los objetos sagrados del canon filosófico o mediante el sesgo innovador de su tratamiento. Asimismo destaca la importación selectiva de ciertos temas y contenidos de una vanguardia filosófica francesa con fuertes resonancias políticas en la época, en conexión con el ambiente antiinstitucional del mayo francés, de la contracultura, de la crítica libertaria y de los movimientos sociales alterna-

tivos surgidos en España en las décadas de los 70 y los 80 (pacifismo, contestación carcelaria, antipsiquiatría, reivindicación de gays y lesbianas, despenalización del consumo de drogas). Un ambiente antiinstitucional que tuvo buena acogida entre estudiantes y entre un joven y precario profesorado universitario, en el contexto de una universidad en conflicto y en creciente demanda y transformación. Esta sublimación filosófica del discurso libertario y contracultural se apoyaría sobre el planteamiento de la (cuestionada) posibilidad de un nietzscheanismo de izquierdas que permitiera, de forma conceptual, la reflexión sobre el problema de la revolución.

En el cuarto capítulo, a través del análisis de las estrategias usadas por sus integrantes, se pretenden ejemplificar sociológicamente los procesos de fabricación de una vanguardia filosófica, la búsqueda de una posición de ruptura, diferenciadora, que los situara en un campo filosófico en plena transformación. Esa ruptura se traduce, por ejemplo, en su caracterización del quehacer filosófico como la tarea de «enseñar lo inenseñable», como un juego sin fin frente a la seriedad de la pedagogía y la academia. La filosofía se entiende como una actividad no codificable, lejos de toda regla, una experiencia difícilmente subordinable a lo pedagógicamente transmisible, a lo socialmente útil y administrable. En el caso de Eugenio Triás, se analiza, sin embargo, la ambigüedad institucional de sus disposiciones, su impronta académica, la exclusión del análisis de la esfera de los autores en su vanguardista versión del tradicional comentario de texto.

El capítulo quinto trata de «una revista inusual», *Cuadernos de la Gaya Ciencia* (1975-1976), señalando su posición en el campo de las revistas filosóficas e intelectuales de la época, la influencia de la revista francesa *Critique*, su carácter internacional y transdisciplinar, su desapego del mundo académico y de la actualidad política, su voluntad vanguardista y minoritaria. En las páginas de esta revista se reflejó el *ethos* inconformista del movimiento neo-nietzscheano, su ruptura de jerarquías (donde se mezclaba lo excelso y lo banal), manteniendo en su subtexto una orientación de signo libertario y contracultural, con frecuencia eufemizada. En esta «revista inusual» había espacio para una lectura transgresora, aunque internalista, desatenta respecto a las condiciones sociales de posibilidad de los textos que comentaban. Por otro lado, su aura cosmopolita, la presencia de firmas extranjeras, su independencia respecto a las jerarquías inmanentes de las revistas universitarias, su conexión con otros intereses intelectuales, permitió cierta atenuación de las fronteras tradicionales entre disciplinas.

Los capítulos sexto y séptimo, que cierran *Hijos de Dionisos*, reconstruyen las condiciones sociales de formación y de funcionamiento de las dos interesantes experiencias que intentaron dar forma institucional, entre finales de los 70 y mediados de los 80, al vanguardismo nietzscheano: el *Col·legi de Filosofia* de Barcelona y la Facultad de Filosofía en Zorroaga (San Sebastián). Estos espacios de experimentación filosófica y pedagógica, únicos en la España

de la época, se pueden entender en el trasfondo de la floración de nuevas experiencias colectivas en el terreno cultural y político durante la Transición. Ambas experiencias, con sus diferencias, adoptaron prácticas formativas e institucionales abiertas y alternativas, enfrentadas a la jerarquización del ámbito académico, pero terminaron absorbidas por la sobredimensión del campo político de los nacionalismos catalán y vasco en el transcurso de la Transición.

Esta aproximación por «calas» explica –como indica el propio autor– la repetición de algunas ideas y situaciones en distintos apartados del libro, pero esto no impide cumplir con éxito su intención de ofrecer una explicación sobre la irrupción de ese «huésped inesperado» en el escenario filosófico español del franquismo agonizante, su impacto y los límites de su influencia en el campo filosófico español. Para Francisco Vázquez, el esfuerzo creativo de esta vanguardia filosófica, su hibridación con las disposiciones rupturistas y experimentales de las vanguardias artísticas, sus aportaciones a la innovación ensayística, su agitación del ambiente intelectual y filosófico, se encontraron limitadas por su dependencia intelectual del exterior (típica del panorama filosófico español en la década de los 60) y el desprestigio de la propia tradición (fruto quizás de las campañas antiorteguianas de los años 50). Así, pese a su carácter vanguardista y transgresor en ciertos aspectos, mantuvieron una «filosofía de lectores», una lectura sacralizada de los textos (aunque en un canon que

introducía nuevos ídolos y sofisticaba su comentario). Desafiaron los hábitos ascético y militante de la filosofía de la época, e impulsaron una bohemia vital y nuevos materiales, mundanos y cotidianos, para la reflexión; pero no produjeron una ruptura radical con el modo de leer la tradición, y olvidaron «la voluntad de hibridación de las ciencias humanas y la aproximación histórico-social a los textos filosóficos, que había caracterizado al orteguismo». Con sus aportaciones y limitaciones, el neo-nietzscheanismo español, así como el campo filosófico en general durante la Transición, constituyen un ámbito apasionante de estudio que

puede contribuir a comprender mejor nuestro pasado más reciente, así como las continuidades y rupturas con nuestro momento presente (en el que también se anuncian fuertes transformaciones en el espacio social y político). Desearíamos ver continuado este apasionante proyecto y poder conocer, esperemos que en próximos trabajos, cuestiones anunciadas en *Hijos de Dionisos* como, entre otros, la importante reestructuración que sufriría este «polo artista» en la segunda mitad de los años 80 o el viraje político (que sus críticos achacaron a su esteticismo e irracionalismo ético-político) de algunos de sus integrantes en los años 90.

.....
JOSÉ BENITO SEOANE CEGARRA es doctor en Filosofía por la Universidad de Cádiz y licenciado en Antropología por la Universidad de Sevilla. Miembro del grupo de investigación sobre Sociología de la filosofía española contemporánea.